

EL CANTOR DEL NIÁGARA

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL ATENEO DOMINICANO LA NOCHE DEL 7 DE MAYO DE 1939 EN EL ACTO CON QUE FUE CELEBRADO POR ESTA INSTITUCION CULTURAL EL PRIMER CENTENARIO DE LA MUERTE DEL GRAN POETA JOSE Ma. HEREDIA,

POR R. EMILIO JIMENEZ,

Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Historia.

Señor Secretario de Estado de Relaciones Exteriores y Presidente de la Junta Pro-Centenario del Poeta José Ma. Heredia; señor Secretario de Estado de Justicia, Educación Pública y Bellas Artes,

Damas y Caballeros:

Para hablar de un gran poeta en el centenario de su venida al mundo o de su partida de él, a nombre de un Ateneo y en acto público solemne, la palabra ha de hallarse revestida de la dignidad que mejor cuadre a su objetivo, y temo que la mía no alcance a conseguirlo.

Bien hace nuestro Gobierno en asociarse con devoción al gran homenaje que Cuba rinde hoy a la memoria de su máximo poeta, no sólo porque fué de paternidad y abolengo dominicanos, sino porque, ampliando más el concepto de cuna, es hijo de América, que le debe uno de sus mejores cantos heroicos y una de sus mayores contribuciones al ideal de la justicia y del derecho.

En efecto, no miro sólo en Heredia una gloria de Cuba, sino una gloria americana. Perteneció a la América por razón de geografía y por derecho de participación en sus grandes luchas por la libertad. Sirviendo la causa de la redención de su patria, cuando la musa épica prendía, como chispa de volcán, en el vasto suelo americano, servía también la causa general de la emancipación política del Nuevo Mundo. El fué latido generoso de esa necesidad de independencia, hecha ritmo bélico en su alma.

América había dado ya motivos ardorosos a la Epopeya. Alonso de Ercilla, hidalgo por la sangre y el espíritu, contribuyó, sin sospecharlo, a fijar, entre otros, la musa épica de este lado del Atlántico. Aquel coraje indómito de la araucana raza, debatiéndose contra el valor y la hidalguía españoles, movieronle a admiración por la salvaje tribu, en su desesperada defensa de la libertad. De esta admiración al Arauco, y de su grande amor a España, surgió, si se exceptúan algunos ensayos de menos alientos que le precedieron, el primer poema histórico de a-

sunto americano: "La Araucana", del que nacieron "La Cuarta y Quinta Parte de la Araucana", de Diego Santiesteban de Ossorio, el "Arauco Domado", de Pedro Ocaña, y algunos más. Recoge este poema aquel dechado de heroísmo de la raza de Caupolicán, a cuya indómita fiereza abatióse la figura romana de Valdivia, y lo eleva a la dignidad de canto épico. Publicado en dos partes, una en 1569, y la otra en 1578, lo trajo al hemisferio occidental la corriente de la civilización. Este linaje de romanticismo quijotesco había de fecundar a poetas como Heredia, nacidos para un destino superior en tierra de amores y holocaustos.

Soplan ráfagas de libertad. Bolívar encauza dolores y nobles ambiciones y se hace cabeza del movimiento en Centro y Sur América. Habla con el volcán y piensa que como éste han de arder las entrañas que buscan redenciones. Mide la hondura mediadora entre el espeso valle y la montaña. Luz y sombras se disputan su mente. Cae en la meditación. El suelo tiembla bajo su caballo de guerra, y un poeta ecuatoriano recoge el aliento de la epopeya que nacía. Es Olmedo, ardiente como el país de que era hijo, de la tierra que había de dar más tarde un Juan Montalvo. El poeta pasea, en la onda del verso, al hombre que fué asta de cinco banderas, y surge, con el canto a Junín, el primer épico de América.

No hay revoluciones trascendentales en la historia sin la influencia, participación o epinicio de un poeta eminente. El poeta es a veces, como Heredia, precursor del movimiento revolucionario; otras veces uno de sus agentes más tenaces, que canta y flamea al propio tiempo la antorcha reivindicatoria, y en ocasiones, sólo intérprete, en lengua de dioses y de ángeles, de la acción desarrollada por el héroe.

Tuvo varias cuerdas en su lira, bien templadas todas para los diversos motivos llamados a herirlas conforme a la naturaleza de su esencia; pero el tono maestro de su lira corresponde al épico de los tiempos de grandes sacudidas de pueblos ocupados en su emancipación política. El móvil de su espíritu fué Cuba irredenta, y su musa no pudo ser otra, por consiguiente, que la libertad.



De los varios aspectos, enumerados ya, que puede revestir la personalidad del poeta, correspondió a Heredia el de precursor de la independencia de su patria, que le reconoce, entre otros de sus ilustres críticos, el Doctor José Manuel Carbonell, en su brillante conferencia pronunciada justamente hace diez años en la Academia Cubana de la Historia, con ocasión del no-gésimo aniversario de la muerte del poeta.

Precursor fué, y de él hubo Martí, como de un vaso sagrado, el óleo de su bautismo para el apostolado de la Independencia cubana. Precursor fué, y de su inmenso dolor, el más grande que haya podido sacudir entraña alguna de mortal, manó la tétrica amargura, el aliento salobre necesario para preservar de laceria más aguda a los bien hallados con la opresión, a quienes señalara la senda del martirio.

Toda la lírica de Heredia está saturada de este noble dolor y de esta santa ira. Desterrado, enfermo, falta de recursos, nostálgico; la nieve, el extraño idioma, la ajena costumbre, todo confabulado contra él, evoca la visión romántica de Emilia, sobrenombre de su Pepilla de la infancia, y le escribe la epístola que precedió a su canto inmortal.

Tras de tristes recuerdos y pinturas de tonos oscuros y dolientes, sacados de su penosa estancia en Norteamérica, dice volviendo de su desolación, en el tono propio de su elevado pensamiento:

“.....! Que importa, Emilia,
mi cuerpo sufre, pero mi alma fiero
con noble orgullo y menosprecio aplaude
su libertad”.

“.....! Patria mía,
idolatrada patria!, tu hermosura
goce el mortal en cuyas torpes venas
gire con lentitud la yerta sangre,
sin alterarse el grito lastimoso
de la opresión. En medio de tus campos,
de luz vestidos y genial belleza,
sentí mi pecho férvido agitado
por el dolor, como el océano brama,
cuando lo azota el norte.....”

“Plugiese al cielo, desdichada Cuba,
que tu suelo tan solo produjese
hierro y soldado;.....”

Para la religión de la Patria esta epístola es santa como la de la misa.

En Heredia, hombre y poeta son una sola pieza. El es, antes que todo, la patria soñada, trabajada, sufrida, cantada y peleada. No fué un mártir; pero fué un martirizado. No siempre es más importante morir por una obra que padecer por ella.

Heredia vió en la libertad lo que hay de más

noble y más bello en la vida. Comprendiendo que el resignarse a la suerte del esclavo es acogerse a un estado de parálisis de la sensibilidad moral, y renunciar, por miedo al dolor, a la defensa de la dignidad humana, aceptó el dolor al precio de esa dignidad.

Con la bondad del hombre por divisa, pensó también que no es vivir desentenderse de la felicidad común por demasiado apego a la propia.

En los cantos de Heredia hubo siempre, aún en los más inflamados de rebeldía patriótica, una honda tristeza. Esta melancolía de sus cantos le viene de su patria cautiva, como la fortaleza de los mismos le viene de la patria necesitada de romper su cautiverio. En pocos poetas se han asociado, tan íntimamente como en él, el tono gris de la tristeza y el rojo de la indignación y del coraje.

Tan ardiente es, en esta clase de hombres, el amor a la libertad, que cuando no tienen que luchar por ella en su patria, por ser ésta ya libre, luchan por la libertad de otras patrias; porque la libertad es para ellos la vida, y creen no vivir cuando, pudiendo contribuir a su consecución en otro suelo, no lo hacen.

La libertad es santa, y ella me inspiró las estrofas que, por convenirle a este tema en que tan fecunda fué la lírica de Heredia, traigo al discurso como un tributo mío a su deidad hermosa:

Preguntásele al pájaro en su alcázar de frondas,
preguntásele al pájaro entre rejas doradas;
preguntalo a la rosa en el gaiano búcaro,
preguntalo a la rosa en su castillo azada;
si hay belleza en ser libre;
si hay fealdad en ser paria!

Que lo digan las aguas en las cuencas del río,
y que lo digan en la piscina blanca;
que hable el rayo de luz cautivo en el diamante,
que lo pregone el sol desde el marfil del alba;
si hay belleza en ser libre;
si hay fealdad en ser paria!

Como gran hombre que era, Heredia tuvo sus detractores. Como gran poeta, túvolos también. La censura malévola y la crítica ligera herían, respectivamente, al hombre y al poeta. Le censuraron unos su defensa contra las denuncias de los que le acusaron de haberles tomado el juramento a los que en el frustrado movimiento de 1823 se acogieron al perdón de las autoridades de Matanzas, y que no eran para él los hombres con quienes se podía contar para la acción; así como también el haber regresado a Cuba muy enfermo y a instancias de su llorosa madre, acogiendo al decreto de amnistía dictado por la Reina de España. Aachacábanle otros frecuentes incorrecciones de lenguaje, y aún le ponen reparos por vicio de prosaismos.

Aceptemos que tuviera sus debilidades como



hombre; admitamos que tuviera sus defectos como poeta. Poeta y hombre se hallaban como consustanciados en su vida. Y si el poeta no fué todo lo perfecto que era de desear para su arte; cómo pretender que el hombre fuera todo lo perfecto que era de desear para su patria? Pero en su obra había sinceridad, honda sinceridad. Patriotismo sincero, dolor sincero, pensamientos sinceros; lo cual no era sólo obra de imaginación, sino de profundo sentimiento. No respondía ella a una armonía cerebral, sino de alma. Y es que Heredia era más humano que humanista. En su estilo no habrá maestría; pero hay genio. Sus defectos de forma obedecen precisamente, ya lo apuntó su ya citado panegirista Carbonell, a que se preocupaba más de las ideas que de la imagen, de la solidez de los pilares que de su ornamentación.

No faltó tampoco el dicitario de algún impotente para la belleza, que le recriminase por los duros versos que le inspirara un triste olvido de mujer.

Tales punzadas en naturaleza sensible, aunque rebelde, unidas a su enfermedad, a sus largas ausencias de la patria, al despotismo del amo y al indiferentismo del esclavo, fueron la tempestad que acabó por abatirlo para siempre.

Con razón le tiene por poeta civil el eminente crítico Chacón y Calvo. Patria y Humanidad absorbiéronle. Aunque la naturaleza le atrajera con el cebo de sus paisajes, y pintara con magnificencia de color, su lira templábase sólo al contacto de aquellos nobles sentimientos.

De todo lo que brotó, como de noble fuente, de su genio poético, nada es comparable a su grandioso canto al Niágara. Este canto es, a mi juicio, no sólo lo mejor emanado de su lira, sino lo mejor en su género en América. Con ser notable y todo su poema "En el teocali de Cholula", con la viveza plástica y verismo descriptivo que sirviéronle como de noble envoltura al aroma cristiano de su filosofía, poema tenido por algunos como lo mejor del poeta, lo excede en elevación, originalidad y gallardía el canto al Niágara. Fué en este canto donde mejor se produjo la cristalización de su dolor. Cuando, encarado al salto inmenso, dícele, en un pasaje de transporte:

"Niágara undoso,
tu sublime terror solo podría
tornarme el don divino que ensañada
me robó del dolor la mano impía,"

le niega al dolor su parte en la fecundidad hecha canción. Se venga del dolor que tanto le punzaba, en la imagen con que le atribuye el haberle robado el noble privilegio de cantar; pero el dolor lo burla en este aserto; lo desarma en esta lírica injusticia, y le pone a gemir en la triste evocación que hace de las palmas de su patria allí echadas menos, y en las invocaciones a una mujer persistente en su vida como la Beatriz del Dante y la Laura de Petrarca.

"Nunca tanto sentí como este día
mi soledad y mísero abandono
y lamentable desamor... Podrá
un alma atormentada y borrascosa
sin amor ser feliz?....."

Así prorrumpe en agrio tono; pero la venganza del dolor es noble en este caso. Lo que hace eterno este gran canto es el dolor sublimizado que hay en él: dolor ante la patria irredimida. El poeta sueña entre los cortinajes de vapores y suspira más que canta:

"Mas que en ti busca mi anhelante vista
con inquieto afanar? — por que no miro,
alrededor de tu caverna inmensa
las palmas, ay!, las palmas deliciosas
que en la llanura de mi ardiente patria
nacen del sol a la sonrisa, y crecen,
y al soplo de las brisas del océano
bajo un cielo purísimo se mecen?"

Lo que él estaba viendo en el Niágara era eso: la visión de su antilla atormentada; su patria irredenta; el alma de Cuba prisionera entre los hierros, como ave, de la que él sólo era la garganta. Estaba viendo a Cuba a través del enorme torbellino. Las palmas no estaban presentes en la realidad, sino en su sueño. Las veía en su abstracción. Y ese "ay!" que sigue a la mención de ellas en el poema, y que es un grito de amargura que deja el ánimo en suspenso unos segundos, y tras del cual repite la doliente frase evocadora, acentúa la visión introspectiva de la patria lejana. Y luego exclama:

"Al despeñarse el huracán furioso,
al retumbar sobre mi frente el rayo,
palpitando gocé: vi al Oceano
azotado por austro proceloso,
combatir mi bajel, y ante mis plantas
sus abismos abrir, y amé el peligro,
y sus iras amé; mas su fiereza
en mi alma no dejara,
la profunda impresión que tu grandeza".

Gozó con la cólera del océano y amó el peligro. Lo amó, — dice —, y no es que lo amara, sino que en él vió algo parecido a lo que en forma de ira o de cólera quería ver desencadenado contra todo lo que tenía por cruel e indigno de su patria.

Su amor aquí tendía a libertar a Cuba, necesitada de un sacudimiento portentoso, con que soñaba noche y día. Hay propiedad en todo esto. Amar el peligro es una manera de explicar por rodeo la necesidad de aceptar el deber de la lucha reivindicatoria. El peligro es el precio de la heroicidad. Rehuyéndolo se cae en el delito de preferir el mantel a la bandera. El poeta no explica el sentido de cada expresión de su canto. Faltaría al arte, si lo hiciera. Lo deja a que el espíritu de la penetración lo capte y le dé entrada en las almas que han de recibir la influencia de su espíritu.



En cambio la fiereza del mar no suscitó en su ánimo una impresión tan honda como aqueíla catarata. Verdad de observación y propiedad de expresión! Por lo general, donde todo es agua, la arrogancia del agua muere en el agua misma. La ola inmensa encuentra en el paso de otra ola su abismo, y es monótona la lucha; pero donde casi todo es tierra, la enorme masa de agua forma, al despeñarse, un espectáculo variado de tonos y matices, en el que lo terrible se hace más grandioso. La tempestad en el océano, vista desde una nave, no tiene, como en tierra, el efecto sorprendente del contraste.

El valor es bello, y el poeta no podía substraerse a la necesidad de dar a su cuadro esta pincelada de hermosura. Ante el mar iracundo y ante el Niágara ensordecedor, el mostrarse animoso es un recurso estético admirable.

La bondad es bella, y el poeta no podía substraerse tampoco a la necesidad de dar esta otra pincelada armoniosa al conjunto de su cuadro, y por eso exclama:

“.....siempre,
lo común y mezquino desdeñando
ansié por lo terrífico y sublime”.

El amor es bello, y el poeta no debía dejar de poner un tinte de esta pasión en su épico cuadro. De ahí su tierna exclamación:

“.....Oh!: si una hermosa
digna de mí me amase,
y de este abismo al borde turbulento
mi vago pensamiento
y mi andar solitario acompañase!

Cómo gozara, viéndola cubrirse
de leve palidez, y ser más bella
en su dulce terror y sonreirse
al sostenerla en mis amantes brazos!”

No he venido a juzgar a Heredia, aunque alguna crítica ha de haber, necesariamente, en todo trabajo destinado a honrar, por ilustre, a un prócer de las letras y a un prócer de la patria. Vengo, más bien, a considerarlo en lo que tuvo, para mí, de más latente y personal, de más característico y propio de su naturaleza de poeta: su amor a Cuba y su culto de la libertad.

Ahora bien, Olmedo pudo encontrar, en la victoria de Junín, en la batalla de Carabobo, en tantos combates llenos de laureles, elementos heroicos que se encargaron de ponerle, por decirlo así, la lira entre las manos. Los granates y los ocres que parecían salirse de la paleta del suceso, con destino a su mano, dábanle abundante material heroico. Su poesía respiraba en atmósfera de sangre. En Heredia no: el ciclo épico de la libertad americana estaba cerrado, como alguien sentenció, y el poeta sólo tenía a su servicio los viejos recursos de la Historia. En tales condiciones érale forzoso recurrir al

espectáculo de la naturaleza embravecida: tempestades, volcanes, cataratas, todo lo que diera de sí cólera que interpretar ante la falta de otras cóleras que echaban menos su razón y su ardiente fantasía. Por eso fué gallardo como poeta descriptivo y hallaba pronto el alma ingenua del paisaje. Por eso distinguióse, asimismo, como advierte también Chacón y Calvo, en la copia de las melancolías crepusculares.

Tengo para mí, y lo sostengo, que Heredia no caracteriza el tipo de poeta que se ha dado en llamar objetivo, en contraposición a subjetivo. No es la fidelidad de su pintura de las cosas el rasgo dominante de su temperamento poético, aunque se haya distinguido en poder de observación y en la interpretación fidelísima de la realidad ambiente. Por puro deleite de pintura, por afán de acuarela, no buscó el paisaje para reproducirlo con frases de color, a lo Altamirano; o con imágenes, a lo Chocano. Iba al paisaje con su paisaje interno. Ríos, árboles, pájaros, sólo servíanle de escena para fijar su hondo pensamiento puesto en Cuba; o su dolor, qué era el dolor inmenso de Cuba.

Este pensamiento y este dolor le absorbían. En México, donde hubo de conspirar por la libertad de su patria y por la del propio México, escribió esta silva citada por el erudito Chacón y Calvo en su juicio acerca de este gran poeta:

“No en torpe desaliento así desmayes,
reina del Anahuac: alza la frente,
y a tus hijos invoca... Oh!, quien me diera
del vengador Tirteo
la abrasadora voz, oh! si pudiera
encender en los pechos mexicanos
aquesta hoguera que mi pecho abrasa”.

Siempre, siempre, la musa de la libertad como clave de su profundo ritmo interno, en Cuba como fuera de Cuba. Por eso fué tan gran poeta. Por eso fué tan gran patriota. “Timeo, hominem unius libri”: “Temo al hombre de un solo libro” — dijo Tomás de Aquino. Y el Dante, por boca de su Maestro Virgilio, exclama en el canto V de la Divina Comedia: “Sé firme como una torre, cuya cúspide no se doblega jamás al embate de los vientos: el hombre en quien bulle pensamiento sobre pensamiento, siempre aleja de sí el fin que se propone; porque el uno debilita la actividad del otro”.

Hilarión Cabrisas, en una brillante imitación del canto al Niágara, escrita expresamente en honra del inmortal poeta, le pinta a maravilla, dedicándola a Santiago de Cuba, con motivo del Jubileo Herediano, y de la cual copio este pasaje digno del gran Heredia:

”La catarata de sus pensamientos
descendía también desde su mente,
rodaba hasta el abismo de su pena,
chocaba entre las rocas de su pecho
y en espumas hirvientes se partía...
en su fragor de ritmos orquestales...

Su canto fué un rugido de pasiones,
un grito de dolor hecho torrente
ante el clamor de la naturaleza!

Fueron dos cataratas frente a frente!
Y no se sabe quién cantó más alto
ni quien sigue cantando todavía
con más clamor de eternidad: Heredia
o el Niágara en su canto prodigioso!"

Y no sólo fué Heredia gran poeta. Espigó en el campo de Sófocles; lució birrete de abogado; abrióle sus puertas la magistratura mexicana; vistió toga legislativa en suelo azteca. Allí levantó hogar, tuvo mujer y fué progenitor. Allí estudió, cantó, conspiró, se le persiguió, conquistó aplausos y hubo fama. Allí vió morir a su padre, y allí bajó al sepulcro, sin que hoy puedan identificares sus cenizas, porque no tuvo privilegio de propia sepultura y creíasele inhumado en Toluca antes de la investigación que lo da por enterrado en la histórica capital mexicana.

Este día del primer centenario de la muerte del poeta nacional cubano, no es sólo fiesta de Cuba, sino de toda la América, muy particularmente de la República Dominicana.

De ascendencia dominicana, y acaso, también, de concepción, si la tradición vale de algo; rasgada aquí su lírica virginidad, y dominicana su primicia, que le nació varón por ser soneto, según nuestro sagaz investigador Rodríguez Demorizi, en su interesante opúsculo "Heredia en Santo Domingo"; recibida aquí parte de su educación, y abierta aquí su alma, según éste, a las emociones de la proceridad en la lucha de la Reconquista, su vida y obra contribuyen a apretar los vínculos domínico-cubanos creados desde Hatuey y sellados definitivamente entre Máximo Gómez y José Martí.

¡Cómo no había de ser la República Dominicana, después de Cuba, el país de América con más derecho al entusiasmo en este centenario de la muerte de Heredia! En efecto, el Consejo Administrativo del Distrito de Santo Domingo, por hallarse el eminente lírico tan vinculado a nuestra patria y ser una legítima gloria de las letras hispanoamericanas, y consecuente, además, con las normas de vida internacional que fueron y siguen siendo expresión elocuente de la política del Generalísimo Doctor Rafael L. Trujillo Molina, Benefactor de la Patria, ha designado con el nombre de "JOSE MARIA HEREDIA" a una de las calles de Ciudad Trujillo. Ella se ha hecho representar en Cuba por uno de nuestros más altos valores literarios representativos, el Dr. Joaquín Balaguer, y contribuído con estas dos obras notables a la celebración del centenario: "Heredia", del erudito historiador Fray Cipriano de Utrera, en la que aparece la genealogía del insigne cantor del Niágara, y el ya citado púsculo del Liedo. Emilio Rodríguez Demorizi. El Instituto de Investigaciones Históricas ha celebrado un significati-

vo acto a su memoria. Este Ateneo honra tan ilustre nombre con este otro acto en el que se ha recogido la simpatía de nuestro pueblo a Cuba y al poeta, y como espléndido remate de todos esos homenajes, mañana, las escuelas dominicanas celebrarán este bello acontecimiento que con cabal sentido de su significación y trascendencia ha puesto al cuidado y celo espiritual de ellas el señor Secretario de Estado de Justicia, Educación Pública y Bellas Artes, Liedo. Virgilio Díaz Ordóñez, Presidente de este Ateneo, y los versos del poeta-patriota, en boca de los alumnos dominicanos, será un nuevo tributo de amor al enlace de las dos banderas cubana y dominicana que mecen en sus ondas el sueño de Bolívar.

Honrando la memoria de Heredia honramos también a Cuba y a la América. La gratitud cubana le ha alzado ya, en Santiago de Cuba, su dulce patria chica, un tributo de mármol; pero mañana, cuando su egregia figura se empine a más alto pedestal, y el genio del arte lleve a ella el espíritu del hombre y el alma del poeta, en más completa síntesis de lo que fueron, entregándolo definitivamente a la posteridad, el arquitecto podría hacerlo brillar entre palmeras, objeto constante de su evocación patriótica, por las que suspiró junto a la enorme catarata. La palma, recta como su pensamiento, bella como su inspiración, alta como su espíritu, copiosa como su fantasía; la palma, cuya pompa es una verde estrella solitaria, imagen de la otra que arde resplandeciente en un triángulo de aurora; la palma, evocada en la Epístola a la Emilia de sus sueños; de cuyo crecimiento hablan los nudos anillados de su tronco, vestigios de las hojas que pasaron; la palma, que fué el único árbol intocado por el hacha en los extensos valles de Cuba cuando los bosques entregaron al pulpo del azúcar sus frondas deleitosas; lo más típico del paisaje cubano, que dió dura pared y techo blando al rústico guajiro, testigo de tanta sangre hecha holocausto en el ara de la Independencia; la palma, por último, recordada por Martí en memoria de Heredia cuando dijo, el 20 de noviembre de 1899, desde la ciudad de New York, y en acto público consagrado a honrar su nombre: "yo vengo aquí como hijo desesperado y amoroso a recordar brevemente, sin más notas que las que le manda poner la gloria, la vida del que cantó, con majestad desconocida, a la mujer, al peligro y a las palmas"; la palma por eso, debe ser la eterna compañera del poeta en el mármol de su gloria, porque es el árbol simbólico de Cuba.

Mr. Baldwin, desde la tribuna académica de la Universidad de Cambridge, cuya rectoría desempeña, dijo en 1936, en términos de aguda visión de la realidad histórica, lo siguiente: "Es necesario que las Universidades, centros de cultura y puntos de reunión de las minorías selectas, produzcan más poetas de lo que han producido hasta el presente. De este modo contribuirían a devolver a Europa y al mundo entero el sentido de la libertad y de la unidad huma-



na", y León Daudet apoyándolo dice en su trabajo "La Utilidad de los Poetas" publicado en las columnas de "L'Action Francaise" de París, en julio de 1936, y reproducido en el número 61 de "Síntesis", correspondiente a septiembre del mismo año: "La poesía es por excelencia en prosa y en verso, el dominio de lo cualitativo. La ciencia es, de una manera general, el dominio de lo cuantitativo. El alma humana es cualitativa. El cuerpo humano es, en gran parte, cuantitativo, salvo en su principio vital. Los poetas amortiguan la angustia de vivir".

Ya Becker, primer Ministro de Instrucción prusiano al establecerse la República, había dicho con acento autorizado: "Hay que rodear la ciencia de armonía, a fin de que ella sea siempre alegre y el mundo no resulte el mausoleo triste y silencioso del corazón".

Más interesante de lo que a primera vista aparece, es que este nuevo concepto del valor ético y humano del poeta haya surgido de una universidad, y que sea precisamente de su rectora inteligencia de donde brotara, como fruto de su examen de la realidad social.

Es evidente que de ninguna capacidad de orientación se desprendan normas y enseñanzas que lleguen más directamente al corazón de los pueblos como de las obras de los verdaderos poetas. Y es que el poeta es la más pura y armoniosa manifestación de la justicia. El **sentido de la unidad humana**, de que habla Baldwin, podría simplificarse precisándolo en forma más concreta: "sentido social de la justicia".

Cuando un poeta como Heredia, canta la inmensa catarata que le inspirara un poema inmortal, sirviéndose de ella como de instrumento de su corazón indignado por la falta de justicia de que era víctima su patria, y también él, por el solo delito de quererla dueña de sí misma, y eleva el canto, entusiasmado, al tono épico de las exaltaciones humanas, no hace sino señalar y acusar por un lado, y excitar y conmover por otro en la forma en que mejor se hiere, así la conciencia culpable como la conciencia dormida.

Fué Ortega y Gasset quien, meditando en las

obras de misericordia de Jesucristo, apunta una que en su sentir quedó omitida: "Despertar al dormido". Y traigo esto al discurso porque precisamente es éste uno de los móviles ardientes del poeta: sacudir el espíritu aletargado por indiferencia, por inmoralidad o por miedo. Sustraerlo de la atmósfera de opio en que vive y empujarlo al rescate de la dignidad perdida.

Esta concepción del poeta no es tan nueva de lo que pudiera creerse a primera vista. La novedad estriba en ser algo así como el aliento de una universidad. Ya Emerson había dicho: "La química divide, mas no construye. A toda nuestra ciencia le falta el lado humano. El corazón humano nos concierne más que el atisbar en los microscopios, y es demasiado grande para ser medido por las pomposas figuras de la astronomía". ("La ley de la Vida", pag. 199).

Todo esto me viene a la mente a la hora en que un pueblo celebra con pasión generosa el primer centenario de la muerte de su gran poeta, y a la hora también en que la vieja Europa padece, en el apogeo de su ciencia, el más crítico momento de su historia, y el mundo entero encógese de espanto ante el peligro inminente de una nueva conflagración.

La ciencia tiene sus nuevas conquistas al servicio de la desintegración humana. La sabiduría no ha medido su responsabilidad, ni la educación el peso y grado de la suya. Pero se alzan nobles voces y surge, con fulgor de esperanza entre la incertidumbre de la hora, este recurso luminoso: "reaccionar hacia la poesía"!

Sea, el grito de esta necesidad de la poesía en la función humana de la escuela, invocada en esta noche en que la gratitud de Cuba y la de América hacia un hijo de la una y un ciudadano de la otra, se hacen ostensibles en este momento culminante de glorificación al poeta que mejor haya sentido, acaso, la patria, cantándola en estrofas inmortales.

Poetas como él son los que deben servir de estrella orientadora en la evolución de los pueblos y en el progreso de la Humanidad.

R. Emilio Jiménez.

